

Los silencios de las locas de barrio

Manuel José Bermúdez Andrade

Comunicador Social-Periodista y Especialista en Docencia Investigativa, ciudadano gay de Medellín, bermudezandrade@gmail.com

Cuando se habla del barrio, poco se tocan aquellas historias ocultas tras las sombras de lotes baldíos, donde por primera vez hicimos el amor o jugamos a hacerlo. De igual forma, los encuentros a escondidas en las casas donde la mamá trabajaba todo el día y podíamos jugar una y mil veces a la mamacita, con las mamacitas y los papacitos, todos de nuestra edad.

Con el deseo aún inmaduro y una actividad sexual más de curiosidad que de placer, jugábamos a aprender de sexo, al tiempo que nos escondíamos de las señoras juzgonas y chismosas que nunca faltan en el vecindario. En los primeros juegos sexuales el que más sabía, que no era mucho, le enseñaba al resto sin malicia ni codicia. Fue allí y en compañía de estos amigos que nunca fueron amigos, pero que de igual manera serán irremplazables, donde descubrí que era marica, pero, sobre todo, donde aprendí que el silencio era la clave para mantener los amantes y la vida.

No recuerdo desde cuándo, creo que desde que tengo memoria, es decir, desde siempre, pero palabras como *marica*, *sosó*, *loca*, *perezosa*, *homosexual*, *gay* o cualquier otro apelativo con que en los barrios populares se nos conoce a los hombres que amamos y deseamos a otros hombres fueron haciendo parte de mi inventario personal.

Eran sonidos que dolían. Ser homosexual, y serlo en una zona popular donde la supervivencia y la bravura son sinónimos, fue quizá mi primer reto, mi mayor y mejor aprendizaje.

Nuestros lenguajes

Lo primero que me enseñó la vida en el barrio fue a despojar de fantasmas las palabras. El resultado: una lectura más amable de la vecindad y de sus gentes y, sobre todo, de las dinámicas cotidianas que allí acontecen.

Aprendí a desnudar implícitos, que no es otra cosa que hacer gala de lo que conocemos como malicia

indígena, y con esas otras verdades, las que no se dicen, a generar estrategias para establecer territorios donde cortejar, seducir y mantener los amores prohibidos, querencias que no siempre me significaron permanencia de lo sexual, pero sí, en cambio, compañía y protección desde lo afectivo: seguridad en la convivencia cotidiana con esos otros.

Por efecto de los años y del estudio de los libros, uno va perdiendo el sentido común, la frescura que se necesita para sobrevivir en las dinámicas barriales de fuerza y de respeto. Sin embargo, poder recorrer, igual o más marica que entonces, los barrios delimitados cada dos cuadras por una pandilla o una enemistad irreconciliable, pero que ostentan el nombre de comuna sin siquiera percatarse de que comuna significa, entre muchas de sus acepciones, célula básica de convivencia, es confirmar que la estrategia da resultado.

En esas lomas entonces tapizadas de verde y hoy de rencores intestinos, aún se guardan con recelo el descubrir de muchas sexualidades, incluida la mía, los enamoramientos y los discretos silencios con que se defiende y disfruta del otro, como en mis años de niño homosexual. Y muchos gais, bisexuales o transgeneristas —loquitas de barrio— han aprendido a leer estos sectores de otra manera para sobrevivir en ellos, para, además de habitarlos sin temores, constituirse, sin pensarlo, en articuladores sociales.

En boca cerrada...

En el silencio de los homosexuales y transgeneristas barriales, que más que silencio es saber cómo y cuándo decir cosas, hay sobre todo un apropiarse de los códigos con que se comunica al interior de los grupos que habitan estas zonas.

Por un lado, es el silencio estratégico que se ejecuta como un acto en favor del amor. Un amor que, en estos casos, solo aparece como migajas

de placer que se entregan fruto de las calenturas adolescentes o del final de las farras cuando el licor a determinado tope le baja la guardia a la moral, a la cultura y a la hombría, y se convierte en disculpa para hacer y decir lo que el sano juicio nos prohíbe.

En estas ocasiones, el silencio de las locas da la seguridad al macho de que ese lado considerado oscuro y perverso permanecerá oculto y, por tanto, no interferirá en su relación con las hembras o con el poder. Pero, además, le da a la loca la esperanza de seguir formando parte de los deseos clandestinos de ese otro, del amado, cuyas actividades y comportamientos sociales lo posicionan como el sumo de la hombría.

Y aquí, en esta última razón, es donde se cruzan los deseos y los miedos, a tal punto que el silencio de las locas se transforma también en un callar en favor de la vida, la propia vida, pues nada más ofendido y, por tanto, peligroso que un macho al que le han traicionado sus secretos de cama, su intimidad viril.

Estas reglas tácitas de convivencia entre locas y machos hacen que en el escenario del barrio los maricas no luchemos por protagonizar causas ni por reivindicar derechos. El asunto es permanecer sin demandar, pero dispuestos. Transitar sutilmente entre la amistad entrañable y la complacencia sexual instrumental. Ser cuate, carnal, socio, ser lo suficientemente hombres cuando de amistad y camaradería se trata y, a la vez, ser la loca que seduce, pero no acosa, que encanta, que se dispone al disfrute y que luego calla. Seguir siendo parte de los deseos clandestinos y de las historias aun más clandestinas del otro, del que amamos, pero que en público jamás será más que el vecino, el conocido, el respetado, el protector: el bravo.

Pero el hecho de que los maricas de barrio no nos la juguemos como actores en guerras de poder no significa tampoco que entremos en disyuntivas de amos y esclavos. Ellos, los machos, también nos respetan como sus cómplices silenciosos de pasiones tácitas, no declaradas. Y es aquí donde entran en juego las astucias de uno y otro lado.

Como sabemos de sus dificultades, de sus necesidades de apariencia, nos salimos del juego de las mayorías para camuflarnos en otros espacios y formas. Lenguajes cifrados que difícilmente entenderán quienes ejercen como espectadores, a veces como jueces, son la forma, la única forma,

como los hombres del barrio nos transmiten sus afectos.

El grito de “loca hijueputa” desde una moto en movimiento o el “para matar este marica” y luego una risotada, terminan siendo las únicas frases posibles para que aquellos que nos aman se camuflen, satisfagan, de un lado, a quienes desde lo exterior quieren escuchar los también cifrados códigos de guerra, de poder del macho, incluyendo a sus hembras, y del otro, para que nosotros, los maricas, entendamos que aún somos presencia, incluso como parte importante, de una vida y de sus recuerdos. En el lenguaje de los machos las caricias no permitidas se dicen como ofensa. De ahí que hijueputa, malparido, gonorrea y otras tantas palabrotas sean parte de su jerga para expresar afecto.

Los límites del silencio

El paso por la academia no solo nos da a conocer otros mundos y otras formas de relación, sino que, además, nos permite descubrir y entender nuestra propia cotidianeidad en el mundo del barrio. Es ahí, quizá, donde uno comprende que las maneras de relacionarse locas y machos en el barrio son un asunto que difícilmente trascenderá los límites de este. Salvo casos concretos, como en las relaciones entre travestis prostitutos y sus clientes de otros barrios o clases sociales más altas, donde la dinámica es muy parecida, pero con la diferencia de que los elementos de seducción y de poder son reemplazados por el dinero.

Muchas otras locas formadas de academia o de mejores estratos, y por ende con una moral lejana a la realidad de los barrios populares, se escandalizan ante estas maneras de relación. Sin embargo, manifiestan que ese deseo perverso hacia los machitos bravos termina siendo una constante en la mayoría de los hombres homosexuales, bisexuales o transgeneristas. Y que la búsqueda de relacionarse con ellos, pretendiendo de alguna forma imitar la tan criticada de las locas de barrio, les pone en peligro de ser despojados de sus pertenencias o de ser asesinados en sus apartamentos.

En las relaciones entre locas y bravos de barrio la vejación o la violencia no son el elemento predeterminante. Por el contrario, esas relaciones se convierten en un elemento de protección y de tolerancia. Me permito, pues, invitar a otra mirada, más respetuosa, a la dinámica barrial y, por supuesto, en ella, a las homosexualidades. No

prejuzar ni estigmatizar los juegos de seducción y de deseo establecidos allí, sino asumirlos como una manifestación más de la diversa sexualidad humana.

Pensar y pensarme como sujeto homosexual formado por la academia, al tiempo que habitante de un barrio popular en la comuna noroccidental de Medellín, me ha obligado a entender que esa convivencia exige delimitar, mas no contraponer, la cultura de los libros con la cotidianidad del vecindario. En especial, cuando de vivencias homosexuales se trata.

Códigos oscuros

Las elaboraciones académicas que no se articulan a la dinámica de los sectores populares, que no conocen su esencia, terminan siendo estudios carentes de sentido y de razón. Al barrio hay que vivirlo para poder escudriñar su alma. Su lógica va apareciendo un tanto mágica cuando se revuelcan los recuerdos, cuando se recorren las calles, cuando se confunde el encender de las luces nocturnas sobre sus laderas con una lluvia de estrellas cayéndose del cielo. Cuando, después de conocer a los grandes autores, en el escribir y

describir las vivencias barriales, terminamos por descubrir esos códigos, un tanto oscuros mas no por ello malos, con que podemos llegarle al otro y mantener la lealtad que garantiza la vida.

Ahí entonces caemos en la cuenta de que el éxito de la loca de barrio radica en preocuparse menos por ideologías e idealismos y más por mantener su relación con el medio que habita. Y que, por tanto, no representa un peligro, aunque tampoco una alianza, para ninguno de los guerreros. Locas, transgeneristas, o simplemente maricas, tienen claro que en el barrio cada uno tiene sus reglas, sabe de su juego y no se enreda en los juegos del otro. Y entienden, entendemos, que el juego nuestro, cifrado en silencios y en recuerdos que jamás se expresan, es de alguna manera el más puro reflejo de los juegos que, de niños, nos enseñaron a disfrutar del otro, en espacios y emociones escindidos entre lo que se cuenta y se sabe y lo que jamás podrá saberse.

Secretos que se van con uno a la tumba o que de vez en cuando se sacan como nostalgias para refrescar el alma cansada de adulteces. Y que, si alguien pretende, con buenas o malas intenciones, ahondar en ellos, en esas historias clandestinas, la clave es la bufonada o la loca payaso. Hacer gala del dicho aquél de que al estúpido no se le contesta. Pues solo un estúpido o el no conocedor, el ignorante, que de alguna manera también es un estúpido, puede pretender romper los códigos que, en las comunas, nos garantizan la vida.

Hoy, como cuando niño, sigo amando a otros hombres, enamorándome de ellos, y recorriendo con propiedad mi comuna, pero disfruto algo más: contar, escribir, con orgullo y con el toque fantástico que nos permite el lenguaje, la cotidianidad vivida en esos barrios donde nací, crecí y aún habito. Volverla historias menos escabrosas que aquéllas que nos narran los medios con sus análisis lejanos o como resultado de incursiones temerosas y segmentarias.

Las locas elitistas, como los medios, a través del filtro de sus lentes y cerebros, seguirán leyendo en el barrio y sus vivencias simples acumulaciones de miseria que ponen en peligro la estabilidad del poder y de la “clase”.

Yo, mientras, sigo viendo en los lotes baldíos en donde ahora se erigen casas con nuevas caras de vecinos, o edificios de escuelas o de colegios donde se aprenden historias ajenas, o tiendas de esquina que perdieron el sabor de la gallada,

el fantasma de otras vivencias escondidas y que jamás serán contadas. Historias donde el matón de barrio fue mi amante. Donde despojados, de las armas y las ropas de bravo, él, y yo de mi condición de loca, sellamos amores clandestinos que para él significaron eterna lealtad y para mí, un amor eterno jamás manifestado como público y quizá la única posibilidad de seguir estando vivo por la protección de un macho de barrio popular.

Tijeras que cortan broncas

Pero el homosexual de barrio no sólo es el amante que calla. También y quizá por esa misma causa es el articulador, el polarizador de otros amores y desamores. Las peluquerías de locas, por ejemplo, se van convirtiendo de alguna manera en territorios neutrales donde se encuentran los secretos de uno y otro bando.

Hombres, mujeres, ancianos, jóvenes, niños y los machos bravos de uno u otro bando dejan en la peluquería, junto con los restos de cabello y como en una terapia, muchas de sus angustias, de sus miedos. Pareciera como si ante la crisis de fe en lo eclesiástico, los peluqueros de barrio se convirtieron de pronto en escuchas y consejeros prudentes de los vecinos. Entre payasadas y bufonadas, dicen verdades que provocan risa, que alivian los ánimos y que dan confianza a las comunidades barriales cada vez más dispersas y heterogéneas. Las nuevas caras, llegadas por razón de los desplazamientos masivos que genera la violencia, se reconocen en la sala de espera de las peluquerías. Allí, como en el mayor ritual de tolerancia, se van pasando de uno a uno y de generación en generación el respeto por “la loca peluquera”, y en él, el respeto por el resto de los maricas de la zona.

Las tijeras, en manos de las locas de barrio, se han convertido en conciliadoras, en la herramienta con que se establecen códigos de tolerancia, de respeto, de convivencia. Y en una razón más para que los hombres que un día amaron, o siguen amando, a los maricas en sus juegos seductores clandestinos, conserven y mantengan ese acuerdo tácito en el que los dos disfrutamos: yo no digo nada y usted me protege la vida. Esta convivencia permite que otras locas, que otros maricas como yo, lleguemos a viejos contando de manera figurada aquellas historias ocultas tras las sombras de lotes baldíos, donde por primera vez siendo niños, antes de convertirnos en locas o en machos bravos, hicimos el amor o jugamos a hacerlo. 🗨️



Daniel Alvarez Ospina @carlosedaniel.jpg